

# EL MOTÍN



Año XXXV.—Madrid, Jueves 7 Enero 1915.—Número 1.

SUCURSAL:  
RIVADAVIA, 698  
BUENOS AIRES

## EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL

CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS  
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

### PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 150 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

## ¡ARREPENTIMIENTO!

¡Un año más!... Unido á los pasados componen una cifra aterradora.

Y aun me aferro á esta vida pecadora tan llena de desvelos y cuidados!

¡Tristeza por doquier!... ¡Evaporados mis sueños todos!... ¡La vejez traidora robándome el vigor!... ¡Y cada hora los ojos de la carne más nublados!...

¡Dichosos los que al verse cual me veo vislumbran con los ojos de su alma resplandores de aurora en lo infinito!...

¡Pero qué fácil es hablar en neo, ó alcanzar de filósofo la palma soltando frases huecas por escrito!

J. N.

## Año nuevo, vida vieja

Combatir el clericalismo, atacar el fetichismo, é insistir en lo de la reorganización republicana por provincias..

Esto haré durante todo el año actual, si no estoy apuntado ya en la lista de los emigrantes al Reino de la Nada.

## Aquellos hombres...

La revolución de Septiembre tuvo en los krausistas sus filósofos y en los librecambistas de la escuela de Manchester sus economistas, entre los cuales descollaron D. Laureano Figuerola, D. Gabriel Rodríguez, Tautau, Pedregal, Aura, Carvajal, Moret. Celebraban mitins y sesiones de

controversia en la Bolsa, la antigua, la situada en la Plaza de la Leña, y en una de aquellas reuniones discutieron dos hombres nuevos entonces, D. Segismundo Moret y Anselmo Lorenzo. Defendía el primero las teorías de la Economía Política, una novedad en aquellos tiempos, una ciencia de moda, con su dejar pasar, dejar hacer, su confianza en la libertad de comercio, su fe en la competencia, su entusiasmo por el libre cambio. Y el modesto obrero manual coincidía con Moret en su individualismo y en su amor á la libertad, mas se distinguía de él en que sacaba de esos principios todas sus consecuencias hasta proclamar la injusticia de todo poder, la absurdidad del Estado, el abatimiento de las fronteras naturales y políticas y la propiedad comunal de la tierra.

Poco tiempo después de aquellas conferencias en la Bolsa, frecuentaba Anselmo Lorenzo, formal y reflexivo, aunque joven, el café de la Luna, hace unos años desaparecido. Era un café amplísimo, dividido en grandes estancias, de altos techos sostenidos por robustas columnas. Allí escuchaban federales, socialistas como los franceses del 48, espíritus románticos é inquietos, á un italiano de luenga barba, varonil aspecto, persuasiva palabra. Era Faneli. Anselmo Lorenzo, Morago, los Quintinis, los hermanos Rubau Ionadeu, Jalvo, Luis Aner, Emilio Borrrell, Antonio Gimeno, Antonio Carrudo, Angel Cenagorta, Mora y algún otro constituyeron el primer grupo de la Internacional. Extendióse con asombrosa rapidez por España, hasta el extremo de aterrizar al gobierno de D. Amadeo é inspirar al ministro Sr. Candau la disolución de las sociedades internacionalistas, en defensa de las cuales trabajó la minoría federal pronunciando sus diputados ardorosos, elocuentes, magníficos discursos, sobresaliendo el de Salmerón entre todos.

El núcleo aquel de la Internacional, ya casi disuelto por la muerte, siguió la suerte del internacionalismo en el Congreso de 1873. Unos se fueron con los socialistas, otros volvieron á sus tiendas republicanas; con los anarquistas quedó Anselmo Lorenzo. Nada le apartó de su camino, nada perturbó la serenidad de su espíritu. Sufrió mucho, destierros, prisiones, confinamientos, per-

secuciones, y, lo que es más amargo calumnias, ingratitudes, desengaños. Nada le amilanaba, nada le hacía abatir su cabeza, ni oponentes ni insultos; nada le hacía perder la confianza en el ideal. Como de joven en el café de la Luna, organizaba, predicaba y escribía en el honrado hogar que creó en Barcelona.

El estallido de la guerra no desilusionó y abatió al viejo internacionalista. ¿Es posible? La guerra es la antítesis de las ideas sembradas paciente, generosamente por aquellos hombres del café de la Luna. ¿Cómo no ha muerto Anselmo Lorenzo desesperado al ver las plantas venenosas, los cardos, las ortigas, la cizaña que llenan la tierra que creímos mejor fecundada, más abonada para multiplicar aquellas simientes? Ha muerto tranquilo, sonriente como un estoico, como un santo; la fe en su ideal nimbaba su cabeza de sabio-luchador. Anselmo Lorenzo murió considerando que la sangre que la guerra derrama es el riego germinador de aquellas semillas. ¿Tendrá razón? ¿Serán aquellos hombres los vencedores en esta lucha?

ROBERTO CASTROVIDO

## Anselmo Lorenzo

En el apacible silencio de su modesto hogar, nido y laboratorio á un mismo tiempo, dejó de existir un hombre cuyas virtudes y talentos aleccionaron á legiones de luchadores por la emancipación humana.

No se vió en vida clamorosamente aplaudido por las multitudes; no le signieron á la tumba honores y flores. Anselmo Lorenzo tuvo algo mejor que las bavales y tornadizas manifestaciones de los muchedumbres idolátricas: tuvo la nitidez de una existencia consagrada toda entera á la verdad y á la justicia; tuvo su propio mérito y su propio aplauso en la placidez de su carácter, en la sencillez de su modestia, en su gran tranquilidad de luchador, compendio y resumen de una conciencia inflexible y de un cerebro todo equilibrio y lucidez.

No haremos el elogio del hombre. Propagandista incansable con la palabra y con la pluma desde los primeros tiempos de la Internacional; escritor correctísimo, de fácil y es-



tizo estilo á la manera del inolvidable Pi y Margall; enamorado de un gran ideal de liberación; rendido así de viejo como de joven al imperativo de la conciencia, podríamos escribir en su homenaje todos los abjetivos encomiásticos seguros de no excedernos ponderando al hombre que, sin abandonar su condición de obrero, supo por sí mismo elevarse á las esferas del conocimiento, destacándose virilmente de entre la multitud mediocre que trasciende á rebaño y como rebaño vive.

Mas no es eso lo que importa. Lo que importa es el sentido representativo de esta vida sencilla, honesta y callada. Encarnaba Anselmo Lorenzo ideas y sentimientos que á la hora presente están fuera de la circulación impregnada de bajo filisteísmo. Representaba el tipo del hombre excepcional, apenas comprendido por más de un puñado de ideólogos contumaces. Entereza de ánimo, fortaleza de espíritu, inflexibilidad de conducta, fervor ideal, concordancia de pensamiento y acción; todo, en fin, lo que cae fuera de la vulgar pequeñez humana, todo ello vivió y perduró en Anselmo Lorenzo hasta el último instante de su existencia laboriosa, de su existencia idílica y trágica á un mismo tiempo.

En la bancarrota actual de todas las idealidades, los hombres como *Anselmo Lorenzo son hombres* cumbres. Ellos quedan como promesa de futuras restauraciones del sentido filosófico de la vida, frente á frente de las bajezas, de las miserables rastrerías que hacen dudar de la humanidad y de la justicia, de todo lo grande y de todo lo noble que se había predicado al hombre de la civilización y prometido al del porvenir. Estas existencias más allá del común sentir y pensar, destacándose como brillantes luminarias en el fatigoso ajetreo del mundo social, tienen el poder soberano de orientar el progreso en el sentido de indefinidos mejoramientos morales y materiales por encima de todas las falacias metafísicas, de todas las mentiras políticas y religiosas y de todos los fríos rigorismos científicos.

Anselmo Lorenzo, modesto obrero de la imprenta, conductor de muchedumbres proletarias, anarquista irreductible de la buena cepa de los Reclus y Kropotkine, casi ignorado de la intelectualidad y de la burguesía durante mucho tiempo, en absoluto desconocido para los profesionales de la política, ha muerto como hombre: vive y vivirá como representación vigorosa de un alto sentido de la existencia que, resurgiendo continuamente de las profundidades del conglomerado social, pondrá fin un día á todo lo que de tortuoso, de

mezquino y de innoble tiene la vida actual.

R. MELLA

## Un hombre representativo

Todo el movimiento y organización del proletariado español es obra casi exclusiva de hombres del taller y de la fábrica, no de las gentes de profesiones liberales, no de los que llaman intelectuales.

Anselmo Lorenzo encarnaba bien el tipo de estos obreros que habiendo tenido que hacerlo todo, comenzaron por hacerse á sí mismos.

Tipógrafo madrileño, en clases nocturnas y en estudios de solitario obstinado, forjó su cultura; entrado ya en la lucha, no la vanidad ni el afán de renombre, sino la necesidad, el deber, hicieron de él un escritor, y la noción misma de su responsabilidad, el respeto que debía á las ideas por él propagadas, el ansia legítima de acertar le convirtieron en pensador.

De limpia conducta siempre como hombre, el mismo respeto á las ideas acrecentaron la belleza de su vida hasta hacerla ejemplar.

Enemigo de la propiedad privada, vivió del trabajo de sus manos, y fué siempre operario probo, inteligente y laborioso; enemigo de la familia en su forma actual de contrato, su hogar era modelo de paz, de cariño y de sacrificio recíproco; ganoso de que todos los hombres disfrutaran un bienestar máximo, cifró el suyo en estrechos límites.

Así su vida es no sólo ejemplo, sino argumento irrefutable contra cuantos piensan y propalan que en el fondo de las reivindicaciones cardinales del proletariado no hay más que apetitos concupiscentes.

Sobre todos los hombres de taller que desde la iniciación del actual movimiento proletario se distinguieron y señalaron, descolló Anselmo Lorenzo por lo extenso y hondo de su saber y por la elocuencia y hasta galanur acenque supo exponer, propagar y defender sus ideas; con todo, así en el modo como se formó cuanto en la manera de producirse en la vida del trabajo, en la íntima, es un verdadero tipo representativo.

Y lo es ó lo fué hasta en el candoroso optimismo, hasta en la fe inquebrantable, circunstancias generadoras de un tesón y una tenacidad verdaderamente maravillosos...

Por esto al morir, hasta el enemigo tuvo que callar, rindiéndole el magno tributo del silencio.

¡Ah, si en su vida hubiese habido algo vituperable!...

J. J. MORATO

## Anselmo Lorenzo

Cayó rendido bajo el peso de los años y los ultrajes de padecimientos físicos y morales, el luchador infatigable, el pensador de clara inteligencia, el hombre abnegado que dejó en el campo intelectual obrero de España y América, honda y perdurable huella.

Conoció á Lorenzo hace treinta y seis años.

Era yo entonces mozo y él hombre maduro en pleno vigor, en toda la plenitud de su inteligencia.

No obstante la divergencia de nuestros puntos de vista, nos unió bien pronto cordial y sincera amistad.

Discutíamos mucho, pero jamás la acrimonia turbó nuestras discusiones.

Lorenzo era ante todo un demócrata y un racionalista en toda la extensión de la palabra.

Quería convencer, no intentaba nunca imponer sus ideas, fiando el triunfo de las suyas á la bondad y la verdad de que las creía adornadas.

Era un hombre de fe en sus doctrinas, cosa rara en estos tiempos en que la mayoría de los hombres se burlan en su interior de las ideas que dicen profesar.

La feroz persecución maurista que se desencadenó sobre Barcelona después de los sucesos de Julio de 1909, sólo porque Lorenzo y yo nos honrábamos con la amistad de Ferrer y como traductores colaborábamos en la obra cultural que Ferrer perseguía en su casa «Publicaciones de la Escuela Moderna», nos comprendió en una misma condena de extrañamiento.

En Alcañiz primero y en la tierra de los Amantes después, vivió como tres meses la colonia de los que se llamó «Desterrados de Teruel».

Individuos de ideas diversas y hasta opuestas, los que componíamos aquella colonia vivimos unidos por la común desgracia, por el mismo amor á la Libertad, realizando un hermoso ensayo de vida comunista.

Alguna vez el egoísmo individual apuntó amenazando con romper aquella existencia armónica, pero pronto la voz de la razón llamaba al orden al por un momento extraviado.

Tratado en aquella intimidad, en la desnudez de un *familisterio*, era donde mejor se podían apreciar las condiciones de apóstol de una idea generosa que adornaban á Anselmo Lorenzo, y más que nada la bondad de su carácter.

¡Pobre amigo!

Pocos días antes de su muerte, súbita, sin agonía que entristeciera



á los suyos, ni extortores que á él le fatigaran, tal como él se la deseaba, me escribía contestando á una carta mía en la que le hablaba de mis penas de emigrado en Francia y de las decepciones á que me hacía asistir el espectáculo de la bárbara guerra europea, y herido él también por el pesimismo, buscaba frases de aliento que me confortaran.

Porque á Anselmo Lorenzo, como á todas las almas grandes, le había herido de dolorosa y terrible manera el resurgir de la barbarie, la exaltación de la fuerza brutal á que todos asistimos entre indignados y entristecidos.

Su desencanto y su dolor subieron de punto y acaso precipitaran la muerte de Lorenzo, al ver que Kropotkine, el hombre á quien tanto admiraba él, también tomaba puesto entre los que, aun abominando de la guerra, la consideraban como una triste necesidad para acabar con el absorbente y retador imperialismo germánico.

Cerniéndose aquella clara y poderosa inteligencia en la severa región de las ideas, bañándose en el amor más puro á todos los hombres, aquel místico del humanismo se rebelaba á rendirse á las exigencias de una realidad terrible y dolorosa, pero realidad al fin.

Mi amigo Nakens, al pedirme un artículo para honrar en EL MOTIN la memoria de Anselmo Lorenzo, me dice:

«Hay que honrar á los buenos militen en el campo que militen.»

Nakens tiene razón: Lorenzo merece todos los honores que se le tributen, por luchador y por bueno.

CRISTÓBAL LITRAN

Barcelona-18 XII-914.

## Un hombre ejemplar

Muchas y muy buenas cualidades adornaban á Anselmo Lorenzo. De entre ellas, sobresalían extraordinariamente su firmeza de carácter y su fe inquebrantable en el ideal anarquista.

Se comprueba perfectamente esto siguiendo paso á paso la historia de ese buen hombre. En su juventud, apenas iniciado aún en las doctrinas redentoras que profesó hasta la muerte, ya se atrajo las más vivas y predilectas simpatías de Fanelli y Lafargue, los dos apóstoles internacionales que vinieron á España á predicar la buena nueva, precisamente porque adivinaron en él al que con su voluntad y constancia había de divulgar enormemente el ideal emancipador entre los trabajadores de lengua castellana. ¡Y en verdad

que aquellos seres excepcionales no se equivocaron!

Al contacto con Fanelli primero y luego con Lafargue, las convicciones de Lorenzo se fortalecieron en gran medida. De esta suerte, seguro de la bondad de las ideas que había abrazado, se lanzó sin titubeos á propagar los principios consignados en lo que pudiéramos llamar programa de la célebre Internacional de los Trabajadores. Es así como el nombre de Lorenzo está íntimamente ligado á la historia de la primera Federación Regional Española: en la Sección madrileña, en el Congreso de Barcelona, en la Conferencia de Valencia; en una palabra, en toda la actuación de aquel organismo de imperecedera memoria, se ve siempre destacar la figura del querido compañero que aún hace pocos días bajó á la tumba; periódicos, manifiestos, dictámenes, memorias... todo, todo da impresión de la actividad é inteligencia del que años más tarde habría de escribir *El Proletariado Militante*. Y después, disuelta la Internacional en España por un gobierno estúpido, apenas cesa un momento la propaganda de Lorenzo en el movimiento obrero, que continuó existiendo á pesar de la represión, sobre todo en el inspirado por la tendencia federalista y libertaria, propaganda que sólo terminó cuando su misma vida...

Maravillan la voluntad y entusiasmo de este hombre, jamás amilanado por las persecuciones del enemigo ni por las flaquezas y debilidades de muchos que con él lucharon por el ideal anarquista. Nada ni nadie hicieron apartar nunca á Lorenzo de la ruta que desde jovenzuelo se había trazado.

A mi pobre juicio, Anselmo Lorenzo fué de los pocos internacionalistas que tuvieron plena conciencia de lo que significaba este movimiento y que se dieron á la vez cuenta de las experiencias que de él podrían sacar las sucesivas generaciones obreras. De aquí su empeño y cuidado en conservar esos preciosos documentos que nos da á conocer en el libro anteriormente citado, verdadera historia de la Internacional de los Trabajadores en España.

Leyendo esta interesante obra, queda uno plenamente convencido del cariño con que Lorenzo abrazó la causa de la emancipación proletaria. En aquel joven internacionalista que guardaba como oro en paño proclamas, actas y toda clase de documentos, se ve ya apuntar al hombre de creencias íntegras, al que, seguro de la justicia del ideal, sabe que á la defensa de éste ha de ir en adelante ligada su vida. Lorenzo fué la consecuencia personificada.

Quienes sepan de nuestro llorado compañero por los datos biográficos

que de él han publicado distintos periódicos, sin duda pensarán que este hombre tan luchador y entero sería un atleta como Bakunine. Pues se equivocan. Desde temprana edad, Lorenzo fué un ser afectado por enfermedad cruel y molesta; casi mientras duró su apostolado no disfrutó de gran salud. Pero sus dolores físicos eran vencidos por su voluntad, por su fe en el ideal, por su amor á la causa de los humildes. Y así, hasta su última hora, Lorenzo no dejó de ser un propagandista.

Nuestro afecto por este gran hombre no ha de llevarnos á decir que fué ni un sabio eminente ni un genio. Simple obrero, sin más instrucción que la recibida en un colegio de enseñanza primaria, Lorenzo tuvo que robar numerosas horas al descanso para educarse á sí mismo. A fuerza de voluntad consiguió poseer una cultura extensa y un sentido lógico de las cosas. Por este bagaje intelectual, siempre en aumento porque jamás abandonó el estudio, hizo una excelente labor de divulgación de las ideas que le eran queridas, si no para compararse con la de Reclus, Kropotkine y algunos otros, por lo menos muy brillante. Dan prueba de esto infinidad de folletos y libros que ha escrito, así como traducciones de obras monumentales.

En esta época en que hombres sanos y robustos préstanse á ser lacayos de gentes degeneradas que se creen de sangre y condición diferente al común de los mortales; en esta época en que sabios y genios se dedican á adular y defender á déspotas y tiranos con ó sin corona, la figura de Anselmo Lorenzo adquiere un relieve enorme. De joven como de viejo, con salud ó sin ella, ni un momento dejó de ganar la vida con su trabajo honrado. Todo su talento, cuanto en Lorenzo valía, nunca fué empleado más que en la defensa de los humildes y los desposeídos, á los cuales nada pidió en cambio, ni siquiera concejalias ó diputaciones. Sus méritos, pues, no pueden ser mayores.

Hay en la actual generación anarquista española muchos que son verdaderos discípulos de Lorenzo; los hay también que han sido más influenciados por otros teóricos. Pero todos, todos sin distinción adorábamos al hombre que acaba de morir. Y sus prendas morales, su entereza y su amor á la causa redentora, servirán de ejemplo para los libertarios de hoy y mañana.

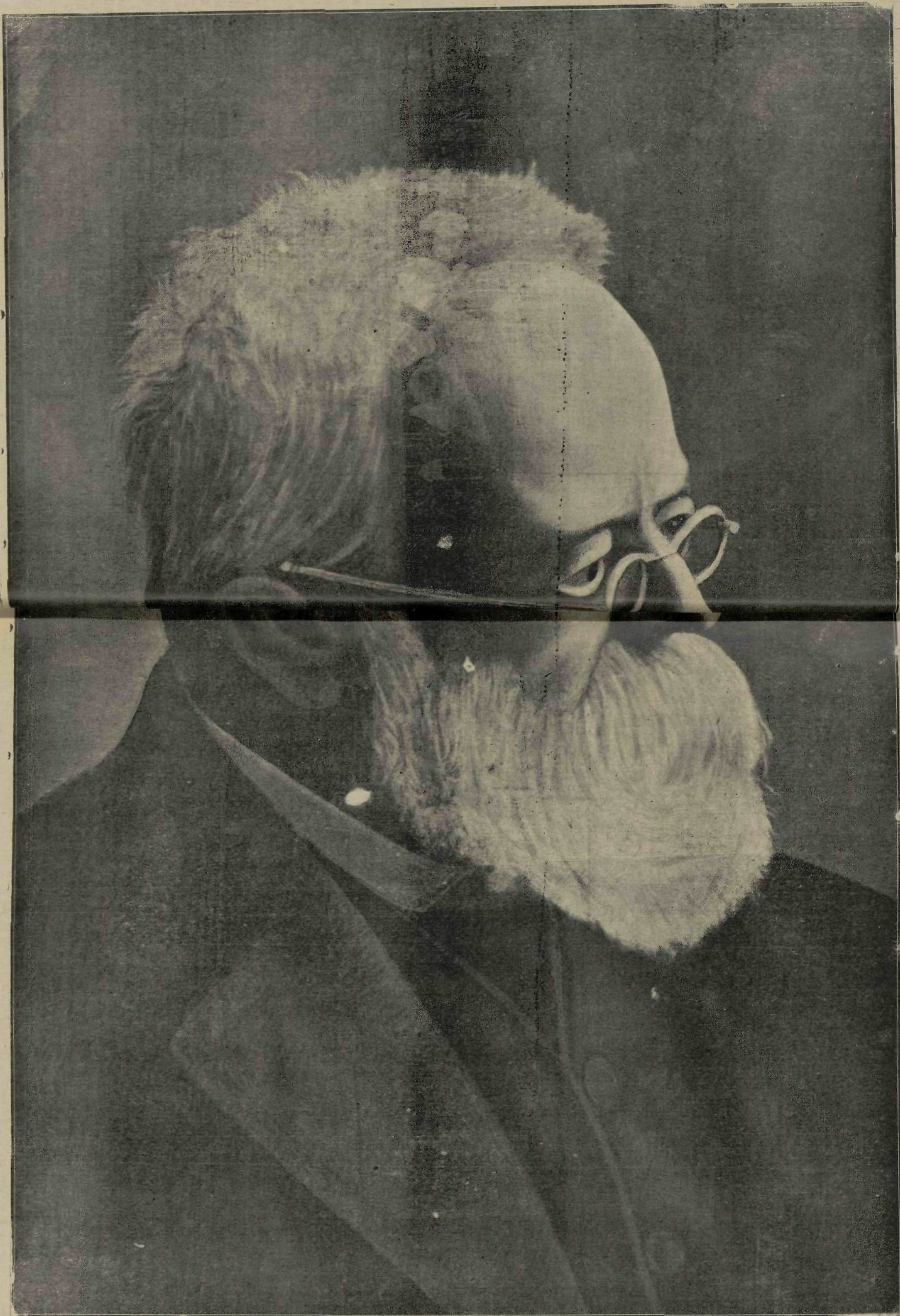
P. SIERRA

## Anselmo Lorenzo

No he visto nunca á Anselmo Lorenzo. No conozco, orgánicamente,



# EL MOTIN



ANSELMO LORENZO

Ayuntamiento de Madrid



su producción. Y con todo, su figura de solitario, de contemplativo, me atraía con profunda simpatía. La encuentro demasiado significativa para dejarla pasar del mundo sin consagrarle una voz andera elegía.

Con él desaparece el patriarca de la acracia española. Su filiación espiritual estaba en los severos y no en los irónicos, como la figura de Fermín Salvochea; más aún: como la figura de Luisa Michel, Anselmo Lorenzo era el ángel de las turbas, la candorosa conciencia que atravesaba el rebaño humano llevando un ostensorio en donde se mostraba desnuda y simple una divisa: la idea.

¿Habéis sabido nunca vosotros los impuros qué intensidad de divina fuerza había para esos hombres en la palabra transfigurada, la idea? Especie de talismán que los libraba del contacto vil y les abría un día las puertas del infierno social a la luz nueva, la idea era, al mismo tiempo, la vestal sagrada y la esposa voluptuosa que les esperaba en el rincón del trabajo, en medio de la crueldad profana y prehistórica. Como israelitas ante la esperanza del Mesías, esos hombres tenían en los ojos una claridad proyectada desde ignorados porvenires y en las manos una potencia de amistad y hermanazgo que abría toda la tierra. Su voz era aún sacerdotil, porque era la voz de la era primaria, la voz que afirmaba el dogma, la voz que en un puro coloquio misterioso que acariciaba el alma... Quijotes de una Dulcinea aún no nacida, lejana en el tiempo y no ya en el espacio como las princesas encantadas, estas razones ofrecieron a la bondad humana el supremo sacrificio de parecer malvados a los ojos de interesadas y sofisticas burguesías.

¡El anarquismo! ¿Cuándo se escribirá la insospechada historia de esa secta de proscritos? El mundo vulgar no ha conocido de esas negaciones más que la violencia de algunos locos, ébrios de un vino generoso que no se había hecho para ellos, ó la grosera desvirtuación de algunos indignos. Juzgar la escuela por la conducta de los fanáticos es una gran fuente de errores. Condenar en bloque el anarquismo por la conducta de los llamados anarquistas de acción, decía un día Andrés Girat en el «Mercurio», equivale a condenar el cristianismo por la Inquisición. Resultaba muy fácil, para ciertos criminales vulgares, excusar sus fechorías con el nombre honrado de una teoría ingénua y generosa, mientras la nación que nos presentaban las burguesías como la más moral del mundo, eclipsa, desde los aires, la más conternadora crueldad de los dinamiteros; es simplemente

cómico hablar del anarquismo como de un monstruo social.

Herederos del optimismo filosófico que Rousseau convirtió de teológico en humanitario, atribuyendo al hombre una divina cualidad originaria de bueno, los ácratas continuaron el culto arcaico infantil de la santa autopia. Su martirologio sería interminable. La más alta figura moral de nuestros tiempos (y quizá de todos los tiempos) es también el que eleva a las más absolutas consecuencias la doctrina: León Tolstoy.

¿Morirá esa doctrina? ¿Ha muerto ya? Esa doctrina no puede morir nunca. En eterna evolución ella ha existido siempre, y existirá bajo infinitas, inagotables formas, porque es la cristalización del espíritu humano, porque es la dinamita del desear, las alas de la inquietud simplísima. El mundo queda allá fuera; el mundo malo, horrible, bestial. Pero —dícense esos anacoretas— nosotros sabemos que algún día el mundo será bueno, excelente, dulcísimo, el reino de los cielos. Y sabemos también que, desde ahora, puede serlo en nosotros. Con la concepción de esa heroica torre de ensueño, ¿cómo queréis que no haya impulsivos que declaren santo el exterminio de infieles, cuando hubo un día papas y reyes y pueblos que emprendieron cruzadas de exterminio contra el resto de la tierra, porque profesaba una doctrina diversa sólo en la forma y no en el fondo y la calidad?

¿Qué se deberá a los hombres como Anselmo Lorenzo? Tres cosas esenciales y meritísimas:

I. Infundieron un sentido aristocrático, dignificador, en la multitud plebeya, sometida a todas las herencias del esclavaje. Ellos sustituyeron por la idea (elemento intelectual y personal) el cultalismo embrutecedor, mecánico, nivelador. Ellos comunicaban por primera vez un alma a las muchedumbres, en vez de un gesto, de una fe verbal, de lo que llaman los teólogos una *lalia*. Como haciendo vibrar no sé qué misterioso diapason ante las turbas (las turbas amadas de todos los Cristos) despertaron en el instinto del rebaño la melodía dormida, y surgió el corazon de la gran tragedia humana.

II. Enseñaron un bello camino para la marcha de los hombres. Este camino, se dirá, se ha dicho, no conduce a nada. Mejor; será un camino infinito, y por tanto un camino de inmortalidades. ¿Qué importa la no existencia del término, si la ruta es buena y nos comunica su bondad? Las almas pequeñas suelen exclamar: ¡Siempre habrá guerra! ¡Siempre habrá pobres! ¡Siempre habrá

crimen! ¡Y bien! ¡Oremos como si algún día no hubiera de haber guerras, no hubiera de haber pobres, no hubiera de haber crimen! Trabajemos para conseguirlo. Tal es la fórmula que estos visionarios quisieran dar. ¿Eso es ser negativos? Todo lo contrario. Jamás se habrá hecho una más poderosa afirmación. ¿Quién sabe si nuestra fe suscitará las cosas, y removerá las montañas incommovibles? No hay peor utopia que la que niega la posibilidad de las utopías, dando leyes al porvenir. Si los Mesías fracasan, es porque los hombres no son dignos de ellos. Pero la doctrina luce como un faro, para alumbrar a los dignos. Afirmar que la doctrina fracasa porque hay infractores, equivale a afirmar que la justicia fracasa, porque hay ladrones y asesinos.

III. Dieron un ejemplo de bondad desinteresada, laica, «sin obligación ni sanción» desconocedora de la «atrición». Construyeron un jardín interno, en donde embellecieron el árbol humano «contra la naturaleza de las cosas». En las puertas de esa morada, se estrella la maldad de los que acosaron en nombre del bien; y ellos, a conciencia de que, como Moisés, no verían la tierra prometida, desinteresadamente, enamorados de la tendencia más que del fin, atravesaron la vida como caballeros de la ilusión, entre griterías de insulto é hileras de puños amenazadores. Y cuando la muerte piadosa les cerró los ojos dulcemente alucinados, el mundo, entre arrepentido y aliviado, dijo sarcásticamente sobre la tumba:

—¡Oh, era un santo varón!

GABRIEL ALOMAR

## EL APOSTOL

El apóstol es extranjero en su patria y en su tiempo. Por esto ni su tiempo ni su pueblo le entienden.

El ve, oye, siente y obra lo que nadie obra, siente, oye ni ve; y nadie razona como él razona.

Entre el apóstol y el ambiente humano hay la valla de un cambio de sentidos espirituales y morales. Habla a sordos y a ciegos. Descubre abismos y enseña el camino para salvarlos, y el pueblo se precipita en ellos. Y si deplora la guerra popular, es llamado loco.

El es extraño a sus contemporáneos y éstos son extraños para él.

Están a la distancia que guardan la materia y el espíritu, lo pasado y lo porvenir, lo que es y lo que ha de ser.

En lo porvenir está su tiempo. La humanidad futura es su familia. Su vida mortal ha de ser siempre bárbara.

En lo físico sólo torturas le espe-



ran: la tortura del continuo choque y rozamiento. Sólo el placer espiritual le es otorgado; el placer de la visión de la verdad, de la contemplación de la belleza moral, de la convicción del triunfo de las ideas, de la sensación perfecta del empuje irresistible de la Lógica, ley universal y fatal de los espíritus.

Para él el dolor físico es estímulo y exaltación del placer espiritual. Es el placer del niño que se ve ultrajado y herido del enfermo á quien extirpa un mal, y que en la presente irritable ofensa del enfermo presiente el agradecimiento perpetuo del sano que vendrá á razón. Es el placer del padre que en la reprensión dura al hijo, presiente los males que el dolor actual le ahorrará en el futuro, y que en el llanto y protesta del niño lee la satisfacción del hombre posterior.

La humanidad es niño que corre á mayor edad: es enfermo que busca la salud. El apóstol es padre y médico de ese gran niño, inexperto siempre, siempre veladoso, siempre incauto, siempre rebelde á aprender y á curarse. Sólo cuando la razón ha abierto sus sentidos espirituales y el bien de la salud le hace sentir el mal de la enfermedad, sólo cuando llega á la mayor edad recordando la necesidad de la infancia, sólo entonces puede reconocer al apóstol que le doctrinó, al padre que le corrigió y al médico que, con riesgo propio, le curó.

El apóstol perfecto y absoluto no existe. No es él espíritu puro, sino amasado de materia y de espíritu. Jesús sintió el peso de la materia. En el alboroto público, huye; en el cenáculo, tiembla; en Getsemaní, siente congojas; en la cruz, prorrumpe en imprecaciones.

La materia trata de imponer su ley al espíritu del apóstol y acusa de loco al espíritu, y el espíritu á las veces se anonada, se acobarda y se rinde.

Así fenecieron en sus propósitos apostólicos Jeremías y Savonarola y cuantos tuvieron el alma de apóstol y el cuerpo de carne. San Pablo deploraba esta lucha: ¡siento en la carne una ley contraria á la del espíritu: hago lo que creo no deber hacer: la inteligencia es brava: la voluntad, donde se dan cita ideas y necesidades, sentimientos é instintos, espíritu y carne... la voluntad vacila y se tuerce y falla...

Mas, pasada la tentación, Jeremías y Savonarola vuelven á sentir el ímpetu del ideal. Tienen ánimo de sacrificarlo, mas éste se endiosa en ellos y los arrastra al martirio. ¡Y mueren entre las palpitaciones de ambos séres!...

Apóstoles modernos... apóstoles contemporáneos: esta es la ley que regula vuestra especie: la herencia de vuestro linaje: la carrera de vuestro destino.

No busquéis el premio de vuestras campañas en los goces de la vida física... ¡imposible! Para ello necesitaríais lisonjear y servir al público en sus lujurias físicas, como la prostituta, ó en sus lujurias e tériles, como la clerecía.

Decíalo Goethe: «El pueblo quiere ser embrutecido y celebrado en su embrutecimiento.» Lo dijo nuestro poeta: «El que busca la recompensa del vulgo, debe hacerse nexo como él.»

Quien no entra en esta razón pública, no es político. Su paga no está en su tiempo. En otros debe creer y esperar, y en ellos debe fijar la realización de sus amores ideales.

Así Anselmo Lorenzo pasó su vida: cosechando agravios, y calmando los dolores físicos con el bálsamo del ideal en marcha.

Y á él, como á todos los temperamentos apostólicos, ocurrirá la suerte general: «Nisi oblitus nemo beatus.»

S. PEY ORDEIX

## Nota

Después de lo que dicen de Anselmo Lorenzo los autores de los notables artículos precedentes, ¿qué puedo añadir yo? Sólo esto.

Que he publicado su retrato, con dos propósitos:

1.º Honrar en ese muerto-vivo á todos los que consagraron ó consagran su vida á la redención económica (sin la cual no pueden existir ni la intelectual ni la moral) de las masas trabajadoras, sean ellos quienes fueren, y estén donde se hallaren. La única religión en que podemos comulgar juntos todos los hombres de buena voluntad es esta.

Y 2.º Arrojar el nombre de ese obrero ilustre, que ha caído en la fosa envuelto magestuosamente en el manto de púrpura de un ideal, en medio de la turbamulta de traficantes de ideas y perseguidores del éxito, que recaban y obtienen el aplauso de las muchedumbres inconscientes.

Estrechémonos las manos ante los restos de ese que acaba de caer abrazado á la bandera que constantemente tremoló, y separémonos luego para proseguir laborando cada cual por los desheredados y los oprimidos en la forma que considere la mejor, hasta que nos llegue la hora de ir desapareciendo también; idea que sólo tiene de espantable el que nos impide seguir luchando.

Pero, no; blasfemo al decir esto. Los que laboraron desinteresamente

por cualquier ideal de justicia, aun después de enterrados alcanzan triunfos. Y esto se prueba hoy viendo unidos alrededor de la tumba de Anselmo Lorenzo, admirando su vida, cantándole alabanzas y recomendando su ejemplo, á hombres de diferentes partidos y escuelas, que no siempre se unen, ni se comprenden, ni se respetan.

JOSE NAKENS

## Héroes y bandidos

Un hombre mata á otro para robar; se le detiene, se le aprisiona, se le condena á muerte ignominiosa, maldicidos por la multitud, y se le corta la cabeza sobre el odioso cadalso.

Un pueblo hace una carnicería en otro para arrebatárle sus campos, sus casas, sus riquezas, sus costumbres... Se le aclama; las ciudades se engalanan para recibir á los que vuelven cubiertos de sangre y de despojos; los poetas los cantan en versos embriagadores, las músicas los festejan; hombres con banderas y charangas, doncellas con ramos de oro y de flores los acompañan como si acabasen de cumplir la obra de la vida y la obra del amor...

A los que más muertes han hecho, á los que más han robado, se les da títulos rimbombantes, honores gloriosos que deben perpetuar sus nombres á través de los tiempos.

Se dice al presente para el porvenir: «Tú honrarás á este héroe, pues él solo ha hecho más cadáveres que mil asesinos.»

Y, en tanto que el cuerpo del obscuro matador se pudre en sepultura infame, después de decapitado, la imagen del que ha matado treinta mil hombres se yergue, venerada, en medio de las plazas públicas, ó bien reposa al abrigo de las catedrales, en tumbas de marmol bendito, que guardan santos y ángeles.

Todo lo que le ha pertenecido llega á ser reliquias sagradas, y van las gentes en peregrinación á los museos para admirar su espada, su cota de mallas y el penacho de su casco.

MIRBEAU

## El avance clerical

A Cristóbal Litrán

Escribo este artículo el día mismo en que leo el suyo, admirado amigo Litrán, para exponerle algunas consideraciones, que juzgo necesarias.

Conformes cuanto al tanto de culpa que nos alcanza. De los méritos republicanos, anticlericales y libre-



pensadores de usted, nadie ha dudado; y por lo que hace á las omisiones que cita, oiga algo que probablemente usted no se figuraba.

Mi buen amigo, el redactor de *El Diluvio*, es sincero y lealmente republicano y anticlerical; él por sí, carece de prevenciones de bandería y personales, como yo; le conozco bien; pero ignoro qué trabas pueda imponerle la empresa del diario en que escribe y si uno de esos vetos á usted se refiere, lo que sería injusto, pero...

Á mí en *El Radical*, nada de limitaciones; de modo que si alguna falta me notan, mía será, aunque involuntaria, dado que contra ninguno de los que en nuestro campo militan abrigo prevenciones ó resentimientos, y aunque para ellos se me diera motivo, estoy por encima de tales minucias.

Por ejemplo: incluía en mi artículo la hojita zaragozana *Alboradas*, no así *El Gladiador del Libre pensamiento*; ¿por qué? Simplemente porque ignoraba que existiese. Nunca lo he visto entre el cambio de provincias de *El Radical*, nadie me ha hablado de él, ignoraba su labor y que usted en sus columnas escribiera; he ahí todo.

Y crea que si *El Radical* insertara, como *El Diluvio*, el santo del día, yo escribiría en él, porque me dejan la amplia libertad arriba consignada. Eso mismo le ocurre á *Fray Gerundio*, que no tiene periódico catalán donde quepa su personalidad y significación, aparte de lo bien que allí le tratan. No se halla la prensa avanzada en estado de escoger, querido Litrán, y escuche otra reflexión:

Si todos los tragacuras de hoy, con sotana al contar usted catorce años y ya debutar de anticlerical, fueran como Pey, *Fray Gerundio* y yo, no hubiera por qué sentirlo. Cuentan unos diez años menos que usted y se hicieron clérigos de buena fe, á impulsos de una educación á la que no les era posible sustraerse. Mucho es que luego vieran claro y por su conciencia se guiaran, ya dentro del cleriguicio que dejaron con todas sus comodidades por la vía dolorosa del anticlericalismo franco y rudo. Perseverantes en ella ¿qué se les puede reprobar?

A ninguno de los dos, ni á mí, creo que nos cuadre el dictado de tragacuras; no le merece Nakens! Nuestro anticlericalismo es el preciso, el racional. Yo, con más años que mis dos colegas, cuando usted debutaba era ya republicano y próximo á ordenarme (siendo católico, no sin muchas y grandes reservas) por razones fortísimas, que no son de este lugar, y republicano sigo y á racionalista he llegado cuando la luz ha podido tocar mi mente. Con otra familia, otra educación, otro ambiente,

quién sabe lo que hubiera hecho y lo que hubiera sido; así como usted puesto en nuestro caso.

Pero oiga ya mi descargo en lo tocante á lo esencial, á esa indiferencia que lamenta.

Soy de los que creyeron siempre necesarias una gran agrupación racionalista española y un periódico también grande, su órgano; por añadidura, un par de semanarios ilustrados como el *Nuevo Mundo*, verbi gratia.

Mil veces he proclamado esta necesidad, y sin fruto, hasta convencerme de que en España no había ambiente para servirla.

Existe en Madrid una Sociedad librepensadora, que arrastra anémica vida; otras hay en provincias, no más afortunadas, y tan ineficaces como las logias masónicas. Las causas usted las conoce perfectamente.

La agrupación por mí ansiada tenía un carácter universal, constructivo más que demoledor: todos los racionalistas en ella, incluso los católicos. ¿Se asombra usted? Le diré que entre ellos son muchísimos, los más y los mejores, los más sinceros, los que, aceptando el dogma por convicción, y ésta, naturalmente, libre... pensadora, libremente piensan que no deben aceptar lo que á sus conciencias repugna: la Inquisición, el poder temporal, el absolutismo, el dominio ó ingerencia del sacerdote en la política, la infalibilidad, muchos, la confesión, todos, las supersticiones, la frailería, la venta de los sacramentos, la taumaturgia... y conste que se puede ser perfecto católico práctico, rechazando toda esa balumba, y que así son católicos las tres cuartas partes de los curas que lo son, aunque no puedan manifestarse como son.

Si estos católicos que pueden convivir y conviven con nosotros; que son los más odiados y temidos por el clericalismo, cien veces más que los tragacuras, formaran parte de una Liga ó Asociación general hispano-librepensadora, en uso de un derecho que ella no podría negarles, cuente usted con media España adscrita y no con uno, con diez periódicos órganos suyos. En uno, cuya publicación mil veces Pey, *Fray Gerundio* y yo, hemos planeado tentando el vado inútilmente en artículos y más artículos, hubiéramos escrito los tres, gratis inclusive, y tan contentos. ¡Vana intentona! Nadie nos ha hecho caso.

Usted mismo ¿se ha enterado siquiera de estos intentos? Seguramente no, cuando no se ha adherido ellos, ó si los ha conocido se habrá dicho: ¡Lástima de idea, que no será secundada!

Habré leído los trabajos de usted en *EL MOTIN* y habré pensado lo mismo con amargo desaliento; á mí tam-

poco me hizo eco periódico republicano alguno, que yo sepa.

Y es verdad que debemos oponer un dique al avance clerical y no se le opone, nada se organiza; mas reflexione usted que la situación tristísima de mis dos colegas amigos y la mía, sólo nos permite escribir lo que nos dejan en periódicos que no son nuestros. Con esa labor árdua y fatigosa que nos lleva todo nuestro tiempo, ya que exige consultas y revolver libracos, propios ó ajenos, ganamos el no muy abundante pan, siempre amenazado y rendidos quedamos cada día al terminar.

Hacemos, pues, todo cuanto en nuestra mano está; si todos hicieran lo mismo; carecemos de dinero, de influjo, de medios, de ambiente, no disponemos más que de una pluma que escribe donde la admiten: la leen, parece bien, pero á nadie mueve para la práctica; de ahí nuestro amargo desaliento.

Con todo, si se hubiera usted dirigido á mí particularmente diciéndome: «Esto pienso y así llevo las cosas», mi pobre pluma, única arma, no le habría faltado ni le faltaría si llegase el momento de crearla necesaria. Quéjese, aunque en desierto, de la apatía y de la timidez ambientes, no de nosotros, querido Litrán; con mirarse usted á sí mismo ya nos tiene retratados; no somos más... ni tanto.

JOSE FERRANDIZ

## Subscripción "Cruz Roja"

Pesetas.

Suma anterior . . . .	7489'35
Juan Badía (Jaca) . . . . .	2'00
Miguel Camba (Cazalla) . . .	1'00
José Fernández, 5'00.—Modesto Vázquez, 5'00.—José López Lopez, 15'00. (Todos de Cienfuegos) . . . . .	25'00
Antíoco Alarcos (Criptana). .	1'00

Suma y sigue. . . . . 7468'35

## LIBROS NUEVOS

### Trozos de mi vida

#### Clericalismo en solfa

YO, HABLANDO DE MÍ  
por José Nakens

Cada tomo DOS pesetas. A los suscriptores directos, el 25 de rebaja.

Dios ante el sentido común

PRECIO: UNA PESETA

Imprenta, Monserrat, 7.